TUI T. SUTHERLAND

TRADUCIDO POR MONKI_DONKI

ALAS DE FUEGO

WINGLETS #3 - DESERTOR





Seis Garras es un feliz y laborioso Ala Arenosa, siempre trabajando duro y lealmente para su reina. Así que, cuando la princesa Ala Arenosa más joven, Llamas, se pierde durante una tormenta de arena, Seis Garras no duda ni un segundo antes de intentar rescatarla. Pero resulta que la lealtad no siempre es suficiente para mantenerse a salvo en el Reino de Arena...

Antes de la Guerra por la Sucesión al Trono de los Alas Arenosas, había tres princesas Alas Arenosas... y una reina.



TÍTULO ORIGINAL:
DESERTER

AUTORA:
TUI T. SUTHERLAND

ARTE DE PORTADA:
JOY ANG

TRADUCCIÓN:
MONKI_DONKI

FECHA DE PUBLICACIÓN ORIGINAL:
29 DE MARZO DEL 2016

FECHA DE PUBLICACIÓN DE LA FAN-TRADUCCIÓN:
5 DE MAYO DEL 2025

CONTENIDOS



Nota: Esta historia comienza antes de la Guerra por la Sucesión al Trono de los Alas Arenosas y termina poco después de los acontecimientos de Winglets: *Asesino*.



A diferencia de la mayoría de los dragones, Seis Garras tuvo una infancia increíblemente feliz.

Su madre era una de las guardias más confiables de la reina Oasis y su padre era el cocinero en jefe en la cocina de la reina. Las vidas de Avestruz y Arena Movediza estaban dedicadas por completo a la reina, pero Seis Garras y sus dos hermanas ocupaban un cercano segundo lugar. La familia casi siempre estaba junta.

Su madre le enseñó a vigilar, a luchar y a defender a su reina a toda costa. Su padre le enseñó a hacer shish kebab de camello y soufflé de dátiles. Mientras tanto, sus hermanas le enseñaron que realmente no debes contarles a tus hermanas quién te gusta, a menos que quieras que todo el palacio se entere.

A Seis Garras le encantaba crecer en el palacio de los Alas Arenosas, rodeado de cielo abierto y dunas de desierto que se extendían hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones. Aprendió a volar antes que cualquiera de los demás dragones que nacieron en su año. Se apuntó a todas las patrullas, ya fuera para cosechar cactus de aguijón brillante, cazar zorros del desierto o lanzar bombas de fuego en guaridas sospechosas de víboras muerde dragones. Le gustaba ser útil. Le gustaba *hacer* cosas.

Y, por supuesto, dado que sus padres eran leales a la reina Oasis, él también lo era. Si alguien le preguntaba, podía recitar una lista de razones por las que ella era una gran reina. Esta era una conversación que escuchaba regularmente alrededor de la mesa en la pequeña habitación de la barraca asignada a su familia.

No fue hasta que tenía cinco años que descubrió que algún día podría haber una reina diferente de los Alas Arenosas.

Es decir, él sabía intelectualmente, por las lecciones escolares, que la hija, nieta, hermana o sobrina de una reina podría desafiarla a un combate a muerte,

y quien ganara sería la reina. Pero nunca se había imaginado que alguien le hiciera eso a *su* reina.

Esa tarde estaba en la cocina, machacando escarabajos hasta convertirlos en un polvo negro brillante para su padre, cuando su madre entró. Ella lo empujó afectuosamente con su ala mientras pasaba a su lado. Su padre levantó la vista de uno de los calderos, con el vapor cubriéndole la cara.

—¿Lo oíste? —le preguntó Avestruz—. Otra princesa nació hoy. La reina la está llamando Llamas.

—¿De veras? —Arena Movediza sacó una bandeja de panes del horno—. ¿Entonces la va a mantener?

—Su Majestad siempre ha dicho que permitiría tres herederas, no más —dijo Avestruz, tomando el otro borde para ayudarle a levantarla sobre la mesa de piedra—. Así que si mantiene a Llamas, una de las otras tiene que irse.

Arena Movediza resopló.

—Eso es fácil. La que le gusta cortar las patas de los conejos para ver qué hacen. —Hizo una mueca—. Ayer había uno dando vueltas por el patio chillando durante una hora. ¿Sabes lo difícil que es meter aceitunas en esas condiciones?

—Ella es espeluznante —estuvo de acuerdo Avestruz—, pero la que la reina Oasis debería deshacerse de es la otra hija, Ampolla. Esa dragona siempre parece que te está matando con la mirada. Pero no será ninguna de ellas. Será la hermana de la reina, ya verás. Ella está mucho más cerca de desafiar a Su Majestad que las hijas. Tiene sentido deshacerse de ella.

—¿Desafiar a la reina? —interrumpió Seis Garras, sorprendido por haber estado escuchando sin que se dieran cuenta de que estaba allí—. ¿Por qué alguien haría eso?

—Para convertirse en la próxima reina —respondió Arena Movediza con una expresión divertida—. Porque ella cree que sería mejor que la reina actual.

—¡Nadie podría ser una mejor reina que la reina Oasis! —insistió Seis Garras con firmeza.

—Tienes toda la razón, querido —dijo su madre, envolviéndolo con un ala—. No te preocupes, estoy segura de que ella será reina durante mucho tiempo más. Aunque, sea quien sea la que venga después de ella, también seremos leales a ella.

Avestruz tenía razón en una cosa: al día siguiente, la última hermana de la reina había desaparecido en el aire, y nunca más se mencionó su nombre.

Después de eso, Seis Garras comenzó a observar a las princesas Alas Arenosas de manera diferente.

Ahora ya no eran solo realeza. Eran letales. Eran una amenaza para su reina.

Bueno… dos de ellas lo eran.

La hija más joven, Llamas, resultó ser una de las dragonas más tontas que Seis Garras había conocido. Tan pronto como pudo caminar, comenzó a seguir a cualquier dragón que pudiera encontrar que estuviera usando joyas. Cuanto más brillantes, mejor; tenía un don para identificar a los dragones con las joyas más resplandecientes.

Seis Garras sospechaba que, si algún día mataba a su madre, no sería por poder ni por el trono; sería por un par de pendientes de diamantes. Y no lo haría con sus garras ni con su fuego, lo haría molestando a la reina hasta matarla.

Observó a las princesas durante dos años, pero su primera interacción con ellas no ocurrió hasta que tenía siete años…



—Mis hermanas están tramando algo.

Seis Garras levantó la vista, entrecerrando los ojos hacia la figura silueteada contra el sol cegador. Llevaba casi toda la mañana tratando de sacar una pelota de raíces obstinada del jardín del palacio. Sus músculos le dolían y sus escamas estaban lo suficientemente calientes como para freír huevos de serpiente.

—Las hermanas siempre están tramando algo —dijo, descansando los brazos sobre su pala.

—Es cierto. Pero lo que sea que mis hermanas estén planeando podría destruir el reino —respondió el otro dragón, girando la cabeza hacia la luz. Seis Garras tensó los músculos al reconocer al príncipe Combustión. El príncipe era de la misma eclosión que la princesa Ampolla, por lo que era dos años mayor que Seis Garras. Habían estado en varias misiones juntos, aunque rara vez se habían hablado.

Y tenía razón. *Sus* hermanas no eran dragonas comunes.

—¿Cuáles hermanas? —preguntó Seis Garras—. ¿Cómo lo sabes?

—Brasas y Ampolla —dijo el príncipe—. Han estado susurrando juntas toda la mañana.

Eso era definitivamente una mala señal. Las dos princesas mayores generalmente evitaban el contacto tanto como podían. Si estaban conspirando, solo podría significar malas noticias para alguien.

—¿Por qué me lo dices a mí? —preguntó Seis Garras, con cautela.

—Bueno... —dijo Combustión—. No estoy seguro de qué más hacer. Pareces fuerte y sensato. Esperaba que pudieras idear algo. —Movió su cola venenosa alrededor y se sentó con una expresión expectante.

—Deberías preguntarles qué están tramando —sugirió Seis Garras, clavando de nuevo la pala en la pelota de raíces—. Eres su hermano. Tal vez te lo digan.

—¡Ja, ja! —El príncipe dio un extraño escalofrío—. ¿Y llamar la atención sobre mí? No, gracias, así no funciona la supervivencia en esta familia.

Seis Garras consideró por un momento cómo sería vivir en una familia donde la "supervivencia" fuera una cuestión de dinámicas entre hermanos.

—No pueden estar yendo contra la reina —murmuró—. No juntas. Pero podría advertirle a mi madre, por si acaso.

—¿Contra quién más estarían conspirando? —se preguntó Combustión.

La revelación golpeó a Seis Garras como un rayo.

—Tu hermana pequeña —dijo. Dejó caer la pala y sus alas se abrieron de golpe—. Reducir el número de herederas a dos. —Salió del agujero rápidamente, sacudiendo la tierra de sus garras—. ¿Dónde está Llamas?

—¿Cómo voy a saber? —El príncipe Combustión dio un salto para evitar que la tierra que caía de Seis Garras lo golpeara—. ¿Así que te vas a encargar?

—¿No vas a ayudarme? —Seis Garras frunció el ceño—. ¿No vas a proteger a tu hermana menor?

—¡Lo estoy haciendo! —Combustión se movió cautelosamente sobre sus garras—. ¡Te lo estoy diciendo, y luego me quedo con vida para poder hacerlo otra vez la próxima vez! Estoy seguro de que puedes manejarlo. —Dio otro paso atrás, luego se dio la vuelta y se apresuró a alejarse hacia el palacio.

—¡Espera! —gritó Seis Garras—. ¿Y tus hermanos? ¿Dónde están?

—De patrulla —gritó Combustión desde lejos antes de desaparecer tras una esquina.

Seis Garras dejó escapar un suspiro frustrado. No tenía tiempo para perseguir a un príncipe cobarde. Aparentemente tenía que encontrar a la princesa más joven antes de que le ocurriera algo terrible. Lo cual no sonaba para nada como su trabajo, pero, a diferencia de Combustión, no era el tipo de dragón que lo delegaría a otro.

La zona guardería estaba cerca; podía revisar ahí primero. La mayoría de los dragonets del palacio jugaban bajo la protección de sus paredes hasta que cumplían los dos años, bajo la mirada vigilante de un par de Alas Arenosas ancianos. Seis Garras recordaba sus voces chirriantes contando historias sobre cómo le habían enseñado a volar a la joven Oasis cuando ella aún era solo una pequeña larva. La guardería estaba abierta para cualquiera que viviera en el palacio, así que los hijos de sirvientes y nobles crecían todos juntos, princesas y futuros fregadores de ollas, codo a codo.

Sin tiempo que perder, se subió al muro del jardín y voló directamente hacia allá en lugar de tomar los pasadizos interiores más frescos.

El patio para los dragonets tenía una piscina hundida en el medio, donde podían chapotear y refrescarse en el calor del mediodía. Esto estaba bajo un pabellón sombreado con largas cortinas blancas en tres de sus lados abiertos. Seis Garras había pasado dos dolorosos años en ese pabellón, luchando por aprender a leer y a contar montones de piedritas rojas. Estar quieto tanto tiempo era lo peor. Eso no era lo que él consideraba hacer algo; eso era solo tortura.

El resto del patio estaba diseñado para ayudar a los dragonets a aprender a volar:

salientes a diferentes alturas, montones de arena suave para aterrizar, agarres para las garras y perchas por doquier. Y, por supuesto, en una esquina, una estación de primeros auxilios abastecida con cactus de aguijón brillante, que era el único antídoto contra el veneno de la cola de un Ala Arenosa. El veneno no comenzaba a manifestarse hasta que un dragonet llegaba a los tres años, afortunadamente para todos, pero a esa edad tendían a estrellarse contra todo o saltar sobre sus padres sin mirar primero, por lo que había mucho que vendar y administrar antídotos. Los dragonets también pasaban *mucho* tiempo practicando cómo ser conscientes de sus colas y las de los demás, para poder eventualmente ser liberados de forma segura en el resto del palacio.

Seis Garras voló hacia el patio, escaneando la piscina y las estaciones de vuelo. No había señales de Llamas. Ella acababa de cumplir dos años, así que podría considerarse demasiado mayor para estar en el área de la guardería, pero no se le ocurría dónde podría haber ido. Metió la cabeza entre las cortinas del pabellón y toda una clase de dragonets Alas Arenosas se giró para mirarlo.

—¿Sí? —gruñó el dragón anciano al frente.

—¿Está la princesa Llamas aquí? —preguntó Seis Garras.

El maestro resopló.

—¿Ves a alguien dibujando coronas en los márgenes de los pergaminos de historia? Entonces, no.

—¿Sabes dónde podría estar?

—Mi suposición es que está babeando sobre un montón de gemas o compartiendo sus suspiros adoradores con un espejo, en algún lugar. —Resopló—. Deja de interrumpir nuestra lección.

—Puedo ayudarte a buscarla —ofreció el dragón a su lado, y Seis Garras lo notó por primera vez. Era mayor que los demás dragonets, probablemente de unos cuatro años, con poderosas alas de color amarillo arena y ojos negros brillantes.

—Tu madre dijo que te quedaras aquí y aprendieras el trabajo —gruñó el maestro.

—Oh, pero esto suena *muy* importante —respondió el otro dragón, prácticamente saltando por encima de los pequeños dragonets entre él y Seis Garras—. ¡Estoy seguro de que regresaré pronto! —Agarró a Seis Garras por el brazo y murmuró—: Vamos, rápido.

Seis Garras salió del pabellón y saltó hacia el balcón más cercano. El joven dragón lo siguió, ignorando los gritos entrecortados del maestro, y luego ambos ascendieron hacia una de las torres más altas del palacio. El viento tiraba de sus alas con una fuerza inusual, y cuando Seis Garras miró hacia arriba, se dio cuenta de que el cielo estaba más oscuro de lo que debería estar para el mediodía en el desierto.

—Gracias por sacarme de ahí —jadeó el dragón cuando aterrizaron—. Soy Desierto.

—Seis Garras. ¿Qué fue todo eso?

Desierto miró de inmediato las garras de Seis Garras (sí, tenía seis garras en cada garra delantera en lugar de las cinco habituales; gracias por avisarles a todos enseguida, padres) y luego trató de hacer todo lo posible para fingir que no lo había hecho.

—Se supone que debo estar entrenando para ser maestro. Mis padres son ambos maestros, y creen que trabajar en el área de la guardería el trabajo perfecto para mí —arrugó el hocico.

—Parece que te entusiasma mucho la idea —dijo Seis Garras. Solo lo escuchaba a medias; su atención estaba en el complejo del palacio extendido bajo él mientras buscaba cualquier señal de la princesa más pequeña. Lejos, en el horizonte occidental, se estaba formando una pared de nubes ominosas.

—Supongo que cuidar dragonets corre por la familia —dijo Desierto—. Pero espero no tener que hacerlo por el resto de mi vida. Los dragonets son tan molestos. ¡Quiero ser soldado! ¡Quiero luchar en batallas, hacer cosas gloriosas y ser un héroe! —Abrió las alas con entusiasmo—. ¿Y tú qué quieres hacer?

—Lo que mi reina necesite que haga —respondió Seis Garras, con total honestidad. Quería servir a su tribu y ser el dragón más útil que pudiera ser—. Ahora piensa. ¿Dónde podría estar Llamas?

—En el tesoro real —dijo Desierto rápidamente—. Esperando que su madre pase por ahí a abrirlo para que pueda revolcarse en las joyas. Esa dragona es tan mala como un carroñero. No estoy seguro de que piense en nada que no sea el tesoro, y ni siquiera le importa qué cosas valen más que otras. Tratamos de convertir su obsesión en una lección de matemáticas, pero ella prefiere las más bonitas, aunque sean falsas.

—Ve a revisar el tesoro —dijo Seis Garras—. Yo voy a revisar las otras piscinas. —Pero entonces algo llamó su atención.

Un destello de luz en el desierto.

Un temblor de movimiento a través de la arena.

Un dragonet, avanzando hacia la tormenta que se aproximaba.

—¿Qué está *haciendo*? —gritó él. No podía decir con certeza si era Llamas, pero quienquiera que fuera, necesitaba regresar al palacio de inmediato.

—Vaya —dijo Desierto, entrecerrando los ojos a su lado—. ¿Es la princesa? ¿Por qué estaría sola en las dunas? Por todos los lagartos, va a ser aplastada por esa tormenta de arena.

—Consigue ayuda —dijo Seis Garras. Empujó a Desierto hacia atrás y extendió sus alas—. Dile a la reina, si puedes.

—¿Vas a ir a *buscarla*? —dijo Desierto—. ¿Por qué? *Ambos* serán aplastados.

—Porque nunca dejas a los dragonets en peligro —respondió Seis Garras, sorprendido de que alguien necesitara que se lo explicaran.

—¿No lo haces? ¿Incluso si eso significa ponerte en peligro? —dijo Desierto, interrumpiéndose por la mirada en el rostro de Seis Garras—. Está bien, está bien. No dejar dragonets en peligro, entendido.

Seis Garras se lanzó desde la torre y voló sobre el palacio, saliendo hacia el desierto, batiendo sus alas tan rápido como podía.

Tuvo suerte de ser fuerte y rápido. Para cuando alcanzó a la princesa Llamas, el viento azotaba con furia a su alrededor, arrojando partículas de arena

ásperas a sus ojos. Pero ella seguía avanzando, caminando en vez de volar, con las alas metidas y la cabeza agachada, los ojos cerrados.

Seis Garras aterrizó frente a ella y extendió sus alas, protegiéndola de la tormenta por un momento. Ella se frotó la cara y lo miró, parpadeando sorprendida.

—¿A dónde vas? —preguntó él.

—A buscar mi corona favorita —dijo ella animada—. ¡No intentes detenerme, grandote con cabeza de piedra!

Él inclinó la cabeza.

—¿Qué corona?

—¡La que Agave robó y escondió por aquí, según Camello, que lo oyó de Seco, que es su mejor amigo, así que es completamente cierto, y voy a recuperarla porque ES MÍA y mami me la dio! —Llamas de repente se sentó y levantó la barbilla—. A menos que vayas tú a buscarla por mí. ¡Oooh, *eso* suena como una buena idea!

—No podemos —dijo él—. Esta tormenta es demasiado peligrosa. —«*Y adivino que toda esa historia es una mentira sembrada por Brasas y Ampolla*», pensó—. Debes regresar al palacio.

—¡NO! —gritó Llamas—. *Quiero* lo que es *mío*. —Ella trató de pasar a su lado con un empujón, pero el viento inmediatamente tomó sus alas y la arrojó hacia atrás, dejándola caer en la arena—. ¡Ay! —chilló ella, tratando de levantarse—. ¡Eso dolió! ¡Algo me lastimó!

Seis Garras miró por encima de su hombro. Una enorme pared de nubes de polvo se abalanzaba sobre ellos, extendiéndose desde la arena hasta el cielo y avanzando rápidamente. Ya no había tiempo para tratar a la princesa como a una valiosa noble.

—¡Tenemos que irnos! —gritó. Rodeó a la princesa con sus brazos, sujetándole las alas a los costados, y se lanzó al aire.

—¡Mi corooooooooooonaaaa! —gimoteó ella. Colocó su cabeza sobre el hombro de Seis Garras y lloró todo el camino de regreso al palacio.

La princesa pesaba más de lo que parecía, pero el viento ahora estaba a su favor, impulsándolos delante de la tormenta. A medida que se acercaban, Seis Garras vio cómo las puertas y ventanas se cerraban de golpe en todo el palacio. Los dragones se preparaban para el asalto de arena.

«*Esperen* —pensó desesperado—. *Esperen por nosotros. Ya vamos*».

Y entonces, finalmente, cuando su fuerza comenzaba a flaquear y sentía la nube justo detrás de ellos, vio una ventana abrirse en una de las paredes. Desierto se asomó, agitando un enorme paño blanco para llamar su atención.

Seis Garras hizo un último esfuerzo de velocidad y se lanzó a través de la ventana abierta, acurrucándose para aterrizar en el suelo con Llamas encima de él. Patinaron un tramo por el salón y pudo escuchar los gritos de los dragones saltando para apartarse.

—¿Trajeron *todo* el desierto con ustedes? —gritó uno de ellos.

—¡Idiotas! ¡Esperaron hasta el último minuto!

—¿No saben nada sobre tormentas de arena?

—¡Deberíamos haberlos dejado allá afuera!

—Oigan, esa es la princesa Llamas —dijo alguien más, y un silencio cayó sobre la sala.

Seis Garras parpadeó, sintiendo la arena deslizándose por las esquinas de sus ojos.

Su visión seguía borrosa, pero pudo ver que estaban en una de las grandes salas donde Oasis organizaba banquetes y bailes. Normalmente la luz del sol llenaba la sala, pero ahora estaba oscura, con todas las ventanas y puertas cerradas, y solo unas pocas antorchas encendidas. Los círculos de luz cálida de las llamas reflejaban en las escamas y ojos oscuros de los dragones reunidos alrededor de ellos.

Soltó a la princesa y se sentó, tratando de atrapar algo de la arena que se deslizaba de sus alas antes de que hiciera aún más desorden en el suelo.

—¡RrrrrrROAR! —gritó Llamas, empujándolo. Saltó de sus brazos y se sacudió vigorosamente, cubriéndolos a él, la sala y a los dragones a su alrededor con más arena—. ¡Arruinaste todo y ahora nunca la encontraré! ¡MAMIIIIIII!

—Tu madre está supervisando el bloqueo de la tormenta de arena —dijo un dragón alto y corpulento, abriéndose paso entre la multitud para pararse sobre ella—. Así que puedes *decirme* exactamente qué hacías tan lejos del palacio.

Llamas infló el pecho.

—¡Tú no eres mi jefe!

—Soy uno de ellos —dijo él severamente—. *Soy* tu padre.

Seis Garras trató de frotarse la arena de los ojos para poder ver mejor.

Carbón era el esposo de la reina, llamado por la mayoría de los Alas Arenosas «el rey», aunque tenía solo tanto poder como la reina Oasis le dejara tener.

A veces iba a todas partes con la reina, era bienvenido en reuniones de asesoría y eventos diplomáticos, y otras veces peleaban y él era exiliado del palacio por meses.

Según los padres de Seis Garras, era más seguro ser educado y respetuoso con Carbón, pero nunca acercarse demasiado, ya que no querrías que la reina te asociara con él la próxima vez que Carbón perdiera su favor.

Mientras Llamas comenzaba a contar una larga y complicada historia sobre sus amigos y su corona robada, Seis Garras se giró y encontró a Desierto detrás de él, con los ojos muy abiertos.

—Eso fue alarmante —dijo Desierto—. Pensé que no ibas a lograrlo.

Seis Garras se encogió de hombros.

—Lo logramos. Mejor voy a sacudir esta arena en uno de los baños.

—Padre —dijo una voz fría, cortando la narrativa sin aliento de Llamas—. ¿No deberíamos preguntar el nombre del dragón que llevó a nuestra hermanita a tan terrible peligro?

Un escalofrío como la medianoche en el desierto recorrió la espalda de Seis Garras. Observó cómo la multitud se apartaba para dejar pasar a la princesa Ampolla mientras avanzaba. Sus ojos negros obsidiana barrieron a Seis Garras. Prácticamente podía ver cómo su mente lo analizaba y lo clasificaba en una categoría: algo como *Estorbo Molesto* o *Idiota que Arruinó Mi Plan*.

—¡Él no la llevó ahí! —gritó Desierto, levantando su cola defensivamente—. ¡La *vio* allá sola y la *rescató*, eso es lo que hizo!

—Ah —dijo Ampolla. Su cola sonó suavemente sobre el piso—. Vaya. Qué héroe.

—Claro —dijo Desierto, callándose—. Eso es lo que es. Su nombre es Seis Garras. Y yo soy Desierto, por cierto.

—¿SEIS Garras? —interrumpió Llamas. Se deslizó fuera de los brazos de su padre y fue a inspeccionar las garras de Seis Garras—. ¡Ew! ¡Tres lunas! ¡Realmente tienes seis garras en cada pata! ¡Eso es tan raro! ¡No puedo creer que me hayas tocado con eso! —Se acercó más para observar las garras adicionales, pero saltó hacia atrás rápidamente cuando él las acercó hacia su pecho.

Seis Garras sintió que su rostro ardía. Nadie se había burlado de sus garras extrañas en años, no desde su primer mes en la guardería. Siempre había trabajado duro para demostrar que no importaba, él era tan valioso como cualquier otro dragón. No cambiaba nada de lo que podía hacer. Simplemente… se veía raro.

—Yeeeeeeee —dijo Llamas despectivamente. Extendió sus propias garras perfectas y hermosas, decoradas con tres anillos brillantes—. Me alegra tanto *tener* el número correcto de garras.

En ese momento, en lo más profundo de su corazón, Seis Garras decidió que realmente esperaba que Llamas *nunca* fuera reina de los Alas Arenosas.

—Estoy seguro de que lo que mi hija intenta decir —interrumpió Carbón—, es gracias por salvarle la vida. —Él la apartó suavemente de Seis Garras, llevándola hacia los espejos al otro lado del salón. La pequeña Ala Arenosa echó un vistazo a sí misma, soltó un grito de horror y se fue corriendo hacia los baños, irradiando indignación.

—Deberíamos recompensar a un héroe tan valiente —ronroneó Ampolla, deslizándose un poco más cerca de Seis Garras—. Se me ocurren algunas misiones para las que sería *perfecto*…

«*Algunas misiones de las que probablemente no regrese*», pensó Seis Garras con un escalofrío.

—Tengo una mejor idea —dijo Carbón, cortándola. Ampolla entrecerró los ojos hacia él, pero él parecía no darse cuenta—. Valiente y fuerte, y un volador rápido para tu edad… ¿Qué te parecería unirte al ejército, Seis Garras? Necesitamos un soldado como tú. Podrías ascender rápido a capitán, tal vez general algún día.

—Si eso es lo que la reina quiere, señor —dijo Seis Garras. Probablemente era más seguro que lo que sea que Ampolla tuviera en mente para él. Su madre lo aprobaría. Y los soldados son útiles, ¿verdad? Incluso en tiempos de paz, como ahora, siempre había escaramuzas con los Alas Celestes o los Alas Heladas.

—Me encargaré de ello —dijo Carbón, asintiendo.

Algo le dio un codazo en el costado y se giró rápidamente, con la cola en alto, antes de darse cuenta de que era Desierto, con una expresión muy significativa en su rostro.

—Uh —dijo Seis Garras—. Mi, um… mi amigo Desierto también ayudó.

—¿Ah, sí? —dijo Carbón—. ¿Te gustaría unirte al ejército también, dragonet?

—¡Sí, por favor, señor! —dijo Desierto, entusiasmado.

—Mmm. Eres un poco joven, pero podemos ponerte en entrenamiento básico por ahora. Los asignaré a la misma unidad —dijo Carbón, asintiendo nuevamente, luciendo complacido consigo mismo, y se alejó.

Afuera, el viento aullaba y golpeaba los postigos con gran furia. Seis Garras tuvo la sensación de que estaría barriendo arena de cada grieta del palacio mañana.

Excepto que no lo estaría, si Carbón hacía lo que prometió. Estaría en entrenamiento de soldados, en camino hacia un nuevo futuro. Con un nuevo mejor amigo, al parecer; Desierto sonreía de oreja a oreja, como si Seis Garras lo hubiera salvado a *él* en lugar de a Llamas.

Sintió ojos observándolo, y cuando se giró, vio a Ampolla fijándole una mirada malévola antes de salir de la sala.

«*No debo olvidar que ahora tengo un nuevo enemigo*».

«*Y una nueva razón para esperar que la reina Oasis viva por mucho, mucho tiempo*».



La noche en que la Reina Oasis murió, Seis Garras y Desierto estaban fuera de servicio. Es decir, no estaban programados para cumplir con algún deber de soldado, pero sí tenían una tarea diferente: velar por un príncipe lloroso para asegurarse de que no hiciera nada de lo que pudiera arrepentirse.

—Se ha ido —sollozó Combustión, dejando caer la cabeza sobre sus brazos y dejando que sus alas se estiraran sobre la mesa. Varias copas de sidra de cactus cayeron al suelo, estrellándose alrededor de sus garras—. Nunca la volveré a ver de nuevo.

Los dos hermanos de Combustión se miraron con exasperación por encima de su cabeza.

—Eso es culpa tuya —dijo Chamusco. Empujó un trozo de cristal lejos de sus pies e hizo señas a Desierto para que lo recogiera—. Si no lo hubieras llevado tan lejos, madre no habría tenido que intervenir.

—*Sabes* cómo se siente ella acerca de que alguno de nosotros se case —asintió Escaldado—. Siempre lo has sabido.

—Sí, es una política simple —dijo Chamusco—. Nada de matrimonio, nada de dragonets, nada de herederas adicionales que causen problemas. Mientras sigamos las reglas de la reina, ella nos deja en paz.

—¿No podías mantenerlo casual como el resto de nosotros? —agregó Escaldado—. Yo tengo tres novias en este momento, y todos estamos perfectamente felices y *no* serios. Y *seguros*. —Levantó sus garras mientras Desierto barría alrededor. Seis Garras deslizó otra jarra de sidra sobre la mesa.

—Pero Palmera era diferente —exclamó Combustión—. La amaba. ¡Nos habríamos ido para siempre y nunca habríamos regresado! ¡Madre nunca habría tenido que vernos de nuevo! —Levantó la cabeza y dirigió unos ojos llorosos y suplicantes hacia Seis Garras—. ¿Has oído algo? ¿Sabes dónde está?

—No —admitió Seis Garras incómodamente—. Lo siento. —Se sentía aliviado de no saber. Estaba muy agradecido de no haber sido uno de los soldados enviados a lidiar con el verdadero amor de Combustión.

—Combustión, vamos —dijo Chamusco, sentándose a su lado y poniendo un ala sobre la espalda de su hermano menor—. No eres un idiota. Sabes perfectamente bien que está muerta.

—*NO* LO ESTÁ —gritó Combustión, empujándolo—. ¡No puede estarlo! Madre es cruel, pero no haría *eso*.

—Claro que lo haría —dijo Escaldado—. ¿De verdad no recuerdas a nuestras tías? ¿Y cómo desaparecieron de esta misma manera?

Seis Garras se retiró hacia la pared más alejada, donde podía mirar por la ventana. No le gustaba que le recordaran las terribles cosas que la reina Oasis había hecho para aferrarse a su trono, y lo que sea que hubiera hecho con Palmera le tocaba demasiado cerca. *Conocía* a Palmera. Ella había trabajado en las cocinas con su padre por un tiempo, antes de que su padre y Carbón murieran por la rara enfermedad que barrió el palacio hace unos años.

Palmera era una dragona dulce, inteligente y nerviosa que adoraba a Combustión y le tenía miedo a la reina. Nunca habría criado dragonets para desafiar a Oasis. Estaba seguro de que habría desaparecido felizmente en el desierto con Combustión y nunca habría molestado a la reina de nuevo.

Pero los habían atrapado cuando intentaban escapar, y ahora Palmera había desaparecido de verdad, lo más probable es que nunca volviera a molestar a nadie.

Suspiró, mirando las tres lunas crecientes que cortaban el cielo. Una sombra pasó por encima, enorme y moviéndose rápido. ¿Era eso… la reina? ¿Volando fuera del palacio a esta hora de la noche?

Eso era extraño.

—¿Por qué no simplemente me *mata* también? —lloró Combustión. Hubo otro golpe y otro estruendo de cristal rompiéndose.

Desierto se acercó a Seis Garras.

—Oye. ¿Oíste lo que dijo la general Acícula sobre mí hoy?

—Algo admirador, supongo —sonrió Seis Garras a su amigo. Después de todos estos años, todavía estaban juntos en todo, para todo.

Seis Garras había ascendido a coronel en el ejército de los Alas Arenosas, y Desierto siempre estaba unos pasos detrás de él: un capitán en ese momento, pero seguro que se convertiría en mayor en cualquier momento.

—Dijo que yo prometía más que cualquier oficial que haya visto. —Desierto levantó la barbilla, brillando de orgullo—. Dijo que tengo alas extraordinariamente fuertes para un Ala Arenosa, ¡casi como las de un Ala Celeste! Dijo que pronto estaría comandando ejércitos propios.

—Tiene razón —concordó Seis Garras—. ¿Hueles algo raro?

—No —dijo Desierto, sonando un poco desconcertado—. ¿Podemos volver a hablar de lo increíble que soy, por favor?

Seis Garras sacó la cabeza por la ventana, oliendo.

—Huele a… mamífero. Pero no uno de los animales desérticos habituales.

De repente, un rugido feroz atravesó la noche. Un estallido de fuego iluminó el cielo más allá de la muralla del palacio, seguido de más rugidos, salvajes y angustiados, como si alguien estuviera siendo asesinado.

—¿Qué es *eso*? —gritó Desierto.

En la habitación detrás de ellos, los tres príncipes estaban de pie, parpadeando y sorprendidos.

—Sonaba como madre —dijo Escaldado—. Pero pensé que estaba durmiendo.

—Vamos a averiguarlo —dijo Seis Garras. Salió corriendo de la habitación con los demás detrás de él. Corrieron hasta el patio más cercano, abrieron sus alas y volaron sobre los tejados del palacio. El rugido se había detenido, dejando solo ecos como agujeros desgarrados en el aire.

Otros dragones se unieron a ellos, llamándose unos a otros en confusión, y así fue como un grupo considerable llegó a la cima de las murallas exteriores…

… y encontraron a la reina tendida muerta en la arena.

Alguien gritó, un largo aullido sin palabras de rabia. Podría haber sido Escaldado, o podría haber sido la madre de Seis Garras, Avestruz, que ahora se abría paso entre todos para agacharse junto al cuerpo. Podría haber sido cualquiera de ellos, o todos a la vez.

—¿Quién hizo esto? —gritó Avestruz—. ¿Quién mató a nuestra reina?

—¿Hubo un duelo? —preguntó otro dragón—. ¿Me lo perdí?

—No escuché nada sobre un desafío —respondió Chamusco, mirando alrededor en blanco—. ¿A esta hora de la noche? ¿Aquí afuera? ¿Sin testigos?

Brasas aterrizó de repente con un violento golpe en la arena, derrapando a dos dragones. Avanzó furiosa y miró el cadáver de la reina, temblando de rabia.

Avestruz tragó saliva y dio un paso atrás, inclinando la cabeza en señal de respeto cauteloso.

Brasas simplemente permaneció allí, respirando pesadamente.

Después de un momento, Avestruz se aventuró:

—¿Fue usted, su alteza? ¿Es ahora nuestra reina?

Brasas gruñó, bajo y profundo en su garganta.

—No —masculló—. No la maté. —Avestruz empezó a levantar la cabeza y Brasas respondió rápidamente—: ¡Pero no fue Ampolla tampoco! ¡La acabo de ver!

—¿Fue… Llamas, entonces? —preguntó alguien en la multitud.

Hubo una pausa incómoda mientras todos intentaban imaginar a la hija tonta de la reina atacándola con éxito. Seis Garras miró alrededor y se dio cuenta de que Llamas ni siquiera estaba allí. «*Probablemente había dormido a través de todo este ruido. Usando tapones para los oídos de joyas o enterrada en costosos cojines*».

—No fue ninguna de nosotras —dijo la voz helada de Ampolla desde una sombra cerca de la muralla del palacio. Caminó por la arena, moviendo su cola de manera amenazante—. Madre no fue asesinada por *ninguna* de sus hijas.

Se enfrentó a Brasas sobre el cuerpo de la reina, cada una de ellas chisporroteando con tensión acumulada. Brasas era mayor y más grande que Ampolla, con más experiencia en batalla y las cicatrices que lo demostraban. Pero Seis Garras sabía que Ampolla era más inteligente… y eso lo dejaba realmente inseguro sobre quién ganaría en una pelea.

—Entonces… —preguntó Chamusco con cautela—. Si ninguna de ustedes la mató… entonces, um… ¿quién será nuestra próxima reina?

Ampolla siseó, arrastrando una de sus garras por la arena.

—Iba a retarla pronto —dijo.

—Yo también —replicó Brasas, tajante.

Seis Garras se preguntó si eso era cierto para cualquiera de las dos. Por aterradoras que fueran, no podía imaginarse a ninguna de ellas derrotando a la reina Oasis.

Pero claramente *alguien* lo había hecho. ¿Por qué alguien mataría a la reina, a menos que fuera para tomar su trono?

«*Venganza*», susurró su mente. Más allá de sus hermanas, iluminados por la tenue luz de la luna, los ojos de Combustión brillaban. No era más que felicidad al ver a su madre muerta.

Pero Seis Garras había estado con Combustión cuando escucharon los rugidos.

Aunque Combustión hubiera querido matar a su madre por lo que le había sucedido a Palmera, no podría haberlo hecho esa noche.

—Tal vez ustedes dos deberían pelear ahora mismo —sugirió Escaldado a sus hermanas—. Quien gane, será la reina. Eso parece justo, ¿no?

Ampolla le lanzó una mirada impenetrable pero desagradable.

—No es exactamente justo para Llamas —señaló Chamusco, y recibió de vuelta una mirada fulminante de ambas hermanas—. Sí, bueno, lo sé. Ustedes dos resuélvanlo.

La idea tenía sentido para Seis Garras. Una pelea simple hasta la muerte, como siempre había sido, con una ganadora obvio. Los Alas Arenosas necesitaban una reina. Deberían terminar con eso de una vez.

Años después, Seis Garras a menudo intentaría imaginar cómo habría resultado la historia si las hermanas hubieran luchado esa noche. Nunca podía decidir si habría sido mejor (sin la guerra de veinte años) o peor (una de esas dos como reina de los Alas Arenosas, sin oposición e imparable).

Brasas flexionó sus garras, lista para lanzarse sobre su hermana.

—Este no parece el momento ni el lugar —dijo Ampolla con calma, dando un paso atrás de Brasas—. Quiero decir, prioridades, mis queridos hermanos. Seguramente primero *debemos* averiguar quién le hizo esto a nuestra pobre madre querida. —Inclinó la cabeza hacia Brasas y susurró—: Además, no tenemos el Ojo de Ónix.

No muchos dragones la escucharon, pero Seis Garras estaba lo suficientemente cerca como para captar sus palabras. Aunque no las entendió. Había un Ojo de Ónix en el tesoro, pero ¿qué tenía eso que ver con luchar por el trono?

—Cierto —dijo Brasas, abriendo lentamente las garras otra vez—. Claro. ¿Quién mató a nuestra madre? Eso es lo que necesitamos averiguar —dijo, alzando la voz para dirigirse a todos los dragones reunidos—. ¡Admítelo ahora, quien haya hecho esto! ¡No nos hagas empezar a sacarte los ojos!

Aleteos recorrieron la multitud mientras todos se miraban entre sí, buscando una expresión culpable o garras manchadas de sangre.

«*Garras manchadas de sangre* —pensó Seis Garras—. *¿Cómo murió la reina?*». Miró la arena alrededor del cuerpo, buscando pistas. Notó que el extraño olor a mamífero era más fuerte aquí. Y luego vio, por primera vez, que había una pequeña lanza clavada en el ojo de la reina.

Se agachó, acercándose más. No era una lanza de tamaño dragón; era apenas tan larga como su pata delantera y tan delgada que probablemente podría romperla entre sus dientes. ¿Esto la mató? ¿Esta cosa tan pequeña?

Examinó el resto de su cuerpo en busca de otras heridas y descubrió lo más extraño de todo.

Alguien le había cortado el aguijón venenoso de la cola.

—Por las tres lunas —dijo—. ¿Quién…?

—¡Busquen en los alrededores! —ordenó Brasas. Parecía estar inflándose hasta el doble de su tamaño normal, sus alas se desplegaban y su voz sonaba de repente como la de una reina—. Quien haya hecho esto no puede haber ido muy lejos. ¡Lo encontraremos y lo castigarémos!

Los Alas Arenosas se dispersaron inmediatamente y comenzaron a escupirle llamas a todas las sombras o a hurgar en las dunas con sus colas. Sus gritos y gruñidos llenaban la noche, y Seis Garras pensó que no quisiera ser el asesino, escondido en algún lugar cercano. Incluso cualquier cosa que no fuera el asesino, como una rata del desierto, estaba en peligro de ser pisoteada por un dragón en misión esa noche.

Volvió a mirar la pequeña lanza.

Todo comenzó a encajar en su mente.

Ese olor… La lanza era demasiado pequeña para los dragones… pero había otro animal que se rumoreaba que usaba lanzas.

Un animal conocido por intentar robar tesoros de los dragones, sin importar cuántas veces lo devoraran en el proceso.

—¡Oigan! —gritó Combustión, cavando en una duna de arena a varios pies de distancia—. ¡Encontré algo!

La cabeza de Brasas se alzó de inmediato.

—¿Qué es? —gruñó.

—Es… —Combustión se detuvo y miró hacia arriba, con confusión en su rostro—. Es un carroñero.



Los siguientes años pasaron en un agotador torbellino. Seis Garras fue uno de los dragones que persiguió a los saqueadores que habían escapado con el aguijón de la cola de la reina y el tesoro robado; estuvo allí cuando Brasas prendió fuego a sus guaridas y quemó todas las casas de los saqueadores hasta dejarlas en ruinas. Ayudó a buscar entre las cenizas y luego, cuando no encontraron ningún tesoro, voló de regreso al palacio tras Brasas, solo para descubrir que el tesoro de los Alas Arenosas había sido completamente vaciado. Cuatro habitaciones llenas de gemas y oro, todo desaparecido, desvanecido en el aire, presumiblemente robado por los saqueadores, aunque nadie lograba entender cómo o dónde lo habían escondido.

Estuvo presente en los consejos, discusiones y juicios que siguieron, todos peleando por quién debía ser la próxima reina y cómo debía decidirse. Estaba en el palacio la noche en que Ampolla huyó con la mitad del ejército, y estuvo allí la noche en que Llamas escapó y huyó al norte con un escuadrón de guardias leales. De hecho, en ambas ocasiones fue abordado por amigos y compañeros soldados, pidiéndole que se uniera a ellos en apoyo a la dragona que querían que fuera reina.

Pero él dijo no. Su madre había decidido ser leal a Brasas, así que él iba a hacer lo mismo. No le gustaba Brasas… pero le gustaban mucho menos sus hermanas. Brasas, al menos, sería una reina fuerte, a diferencia de Llamas, y una reina sin planes malévolos secretos, lo cual era más de lo que podía decir sobre Ampolla.

Resultó, sin embargo, que había algo que Brasas amaba más que mutilar animales, y eso era la guerra. Cuando se enteró de que Ampolla estaba negociando alianzas con los Alas Marinas y los Alas Lodosas, con la intención de llevar a sus ejércitos para luchar por el trono de los Alas Arenosas, Brasas se mostró horriblemente complacida. Como le dijo a la general Acícula, en presencia de Seis Garras, dos hermanas merodeando y maquinando por ahí era solo molesto, pero ejércitos viniendo a atacarla, *eso* sí que podía manejarlo. *Eso* significaba violencia, caos y diversión.

Envió al príncipe Combustión al Reino Celeste inmediatamente para forjar una alianza con su reina, Escarlata. También trató de contactar a los Alas Heladas, lo que fue cómo descubrió que estaban protegiendo a Llamas y considerando unirse a la nueva guerra ellos mismos.

—¡Espero lo hagan! —gritó Brasas, recorriendo la construcción que se estaba realizando fuera del palacio. La reina Oasis había sido enterrada donde cayó, y se erigió un monumento sobre su tumba. Brasas había ordenado

construir otra capa de gruesos muros alrededor del exterior, más allá del monumento, convirtiendo el palacio en una fortaleza impenetrable—. ¡Más dragones para luchar! ¡Más territorio para conquistar! ¡Los aplastaremos a todos en cuestión de semanas!

No fue cuestión de semanas. La guerra se prolongó durante años, y en ese tiempo, Seis Garras vio morir a su madre y a demasiados de sus amigos en batalla, y luchó contra demasiados rostros que una vez había considerado hermanos de armas.

Pero siguió luchando. Hizo lo que se le ordenó. Fue ascendido, y luego ascendido nuevamente, hasta convertirse en el general Seis Garras. Permaneció leal a la reina Brasas, porque la lealtad corría profunda en su sangre… y porque no veía otra opción.

Sin embargo, se estaba volviendo cada vez más difícil. Cuando Brasas mandó matar a su hermano Chamusco por, según lo que Seis Garras pudo deducir, «molestarla», sintió su alma hundirse aún más en la desesperación.

¿Qué clase de dragón estaba siguiendo?

No podía imaginar describir sus buenas cualidades, como había sido capaz de listar todas las cosas que hacían grande a la reina Oasis. Le estaba costando incluso encontrar una en estos días.

Una noche, aproximadamente dos semanas después de la muerte de Chamusco, Seis Garras regresó al campamento con su batallón tras una batalla especialmente devastadora con los Alas Heladas en la que perdió a cuatro buenos dragones.

Y más que eso, quizás incluso peor: Desierto había sido gravemente herido. Desierto, el único dragón que había permanecido a su lado y había sobrevivido todos esos años. Uno de sus antebrazos había sido casi mordido por la mitad y su ala había sido golpeada por una ráfaga de aliento helado. Seis Garras esperaba que aún hubiera tiempo para revertir el daño y sanar a su amigo. Ayudó a cargar a Desierto hasta el campamento desde el lugar de la batalla.

Habían instalado su pequeña ciudad de tiendas no lejos de donde el desierto se transformaba en colinas rocosas, luego tundra y el Reino Helado. Técnicamente, el terreno rocoso formaba parte del Reino de Arena, por lo que podría haber hecho el campamento aún más cerca de la frontera de los Alas Heladas. Pero sus dragones necesitaban dormir sobre arena y regresar al desierto por la noche para su moral. Si los hubiera forzado más al norte, habrían tenido vuelos más cortos hacia sus batallas, pero habrían estado fríos, miserables y cansados, y habría sido demasiado fácil agotarlos.

No le gustaba desperdiciar dragones.

—Estarás bien, Desierto —susurró en el oído de su amigo mientras volaban—. Ya casi llegamos. Ellos te curarán y volverás a volar en poco tiempo. Solo aguanta.

Aterrizaron junto a la tienda médica en el centro del campamento, y tres dragones salieron inmediatamente, rodeando a Desierto.

—Necesita calor en esa herida, y rápido —dijo Seis Garras, señalando los cristales de hielo brillantes y las escamas azul-negro a lo largo del borde del ala de Desierto—. Hagan todo lo que puedan por él.

—Por supuesto, señor —respondió uno de ellos.

—Puede perder el pie —dijo otro, observando la pata delantera dañada de Desierto—, pero necesita sus alas más. Podemos salvarlas.

—Sí, podemos sanar lesiones como esta, señor —dijo el último, señalando suavemente el aliento helado—. Lo hemos hecho antes. No es tan grave.

—Gracias —dijo Seis Garras. Los dragones llevaron a Desierto dentro de la tienda.

Seis Garras quería seguirlos, pero no pudo. Había demasiado por hacer.

Dragones a los que debía ver y despachos que necesitaba leer y... Se dio la vuelta y encontró a la reina Brasas apareciendo detrás de él.

—Su majestad —dijo con una reverencia.

—Sigues vivo —comentó ella.

—¿Yo? —dijo—. Sí, me temo que sí.

—Muéstrame tus garras otra vez —ordenó ella.

Se obligó a no suspirar. Esto ocurría cada vez que la veía; ya debería haber superado lo incómodo y repugnante que le resultaba. Estiró sus garras delanteras.

—Siiii —siseó Brasas, tomando sus garras y mirándolas codiciosamente.

Tiró de su sexta garra en cada lado y observó su rostro para ver si reaccionaba. Él mantuvo su expresión impasible.

—¿Tus soldados recuerdan sus órdenes, verdad? —dijo Brasas—. Cuando mueras en batalla, ellos saben que deben cortarte los brazos y traerlos a mí.

—Sí, su majestad —dijo él. Le costó mucho mantener la calma y no alejar sus garras de las manos de ella—. Lo saben. No lo olvidarán. —¿Cómo podrían olvidar una orden tan macabra como esa? Todos sabían exactamente qué quería hacer Brasas con las garras de Seis Garras. Un día, cuando él muriera, ella lo desmembraría felizmente y preservaría sus garras extrañas en su torre de cosas

espantosas, junto con todas las otras cosas raras y horribles que había recogido a lo largo de los años.

Brasas finalmente soltó sus garras con un resoplido.

—Bueno, mientras sigas vivo, mejor hazte útil. Vamos a atacar a los Alas Lodosas. Empaquen todo. Mañana nos movemos.

—¿Qué? —se sorprendió Seis Garras.

—No me decepciones siendo sordo y lento también —gruñó ella—. Los Alas Lodosas. Los atacaremos. Lo más pronto posible. Mis espías me dicen que ha habido un altercado entre los Alas Marinas y los Alas Lodosas. La alianza de Ampolla se está derrumbando. ¡Este es el momento para atacar! Si lo hacemos ahora, podemos intimidar a los Alas Lodosas para que se unan a *nuestro* lado. ¡Entonces seremos imparables!

—Pero espere —dijo Seis Garras—. ¿Y nuestro plan? Toda la estrategia que elaboramos.

—*Tu* plan, dices —dijo Brasas—. Lo sé, lo sé. Concentrar nuestra energía aquí hasta encontrar a Llamas y matarla, para que solo tengamos una enemiga en lugar de dos. —Bostezó—. Aburrido. No has encontrado a Llamas aún y odio esperar.

—Solo hemos estado buscando unas pocas semanas —protestó Seis Garras—. Están luchando muy duro para mantenerla oculta. Estoy seguro de que la batalla de hoy estuvo cerca de su escondite.

Nunca había admitido su deseo secreto, por supuesto. Lo que realmente quería era que una hermana muriera para que las otras dos pudieran pelear entre ellas... solo las dos en un duelo regular, sin ejércitos ni soldados ni otras tribus o inocentes involucrados en el lío. Quería que esto *acabara*.

Y para eso, su estrategia tenía más sentido. Si seguían golpeando la alianza de Llamas con los Alas Heladas, seguramente la encontrarían pronto.

—Sabes —se burló Brasas—, si quieres que Llamas esté muerta tan desesperadamente, tal vez no deberías haberle salvado la vida hace todos esos años. —Sacudió la cola hacia los gritos de dolor que venían de la tienda médica—. Tal vez todo esto sea *tu* culpa.

Seis Garras apretó sus garras, tratando de no revelar que él mismo había tenido exactamente ese pensamiento durante varias noches sin dormir.

—Su majestad —dijo con la mayor calma que pudo—. Creo firmemente que deberíamos seguir con nuestra estrategia actual.

—Bueno, *yo* creo firmemente que deberíamos ir a matar algunos Alas Lodosas —respondió ella—. Y *yo* soy tu reina, así que eso significa que siempre *gano*.

—¿Podemos discutir esto? —preguntó. No quería sonar como si estuviera suplicando, pero tal vez eso era lo que ella quería que hiciera—. Puedo mostrarle los mapas, nuestras deducciones, nuestros siguientes pasos, lo tenemos todo planeado.

—Gusano desleal —gruñó Brasas—. Veo que necesitas un poco de persuasión extra. —Ella lo empujó y se metió en la tienda médica.

Él empezó a seguirla, pero de repente escuchó un siseo desde las sombras junto a la tienda.

—¿Quién está ahí? —dijo, pausando. Era imposible ver más allá de la luz de las antorchas, pero podía decir que había un dragón oculto en la oscuridad.

Hubo una pausa, y luego una voz desconocida dijo:

—Alguien que tiene tus mejores intereses en el corazón.

—Muéstrame quién eres —ordenó Seis Garras. Tal vez fuera uno de sus soldados, pero pensaba que reconocería todas sus voces. ¿Era alguien enviado por alguna de las hermanas de Brasas para atacarla?

Si era así, era malo, muy, muy malo que una parte de él estuviera tentado a no detenerlo.

—No tienes que seguir a Brasas —susurró la voz—. Ella no lo merece.

—¿A quién debería seguir entonces? —preguntó Seis Garras—. Supongo que tienes a alguien en mente. ¿Ampolla?

—Por las serpientes, no —dijo el dragón oculto, con lo que sonaba como una genuina diversión—. ¿Por qué seguir a cualquiera de ellas? Siempre está la Madriguera del Escorpión, ¿verdad? Muchos Alas Arenosas allí que no luchan por nadie. Según lo que he oído, de todos modos.

—Desertores —dijo Seis Garras—. Eso no soy yo. Soy leal.

—¿Leal a qué? —preguntó el dragón—. ¿Sabes siquiera por qué la sigues ahora? Ella no es una buena reina. Estás ayudando a una víbora y haciéndola más fuerte y más venenosa. ¿No lo ves?

Hizo una pausa.

—Si no lo ves, pronto lo harás, me temo.

—¡SEIS GARRAS! —rugió Brasas desde dentro de la tienda—. ¡Entra aquí!

—Piénsalo —susurró el dragón en las sombras, y luego pareció desvanecerse. Cuando Seis Garras parpadeó, ya no había nadie allí.

Se adentró por las solapas de la tienda y encontró a Brasas de pie sobre Desierto.

El amigo de Seis Garras yacía sobre un montón de mantas, inconsciente, con las alas extendidas a ambos lados de él. Sacos llenos de piedras calentadas por fuego rodeaban la herida de aliento helado en su ala y también su pata delantera. Allí, a la luz de las antorchas, Seis Garras pudo ver las heridas más claramente, y vio que un Ala Helada debía haber arañado a Desierto con sus garras dentadas también.

Pero su ala sanaría y él volvería a volar. Los médicos dijeron que podrían arreglarlo. Estaría bien.

—¿Este es el pequeño sapo que te sigue, verdad? —preguntó Brasas.

Ella empujó uno de los sacos de piedras calientes para que se deslizara del ala de Desierto.

Seis Garras avanzó.

—Él necesita eso... —dijo.

—No te muevas —gruñó Brasas. Ella empujó otro paquete de curación fuera del dragón herido, y Desierto hizo un pequeño ruido de dolor, pero no despertó. Detrás de Brasas, una de los médicos apretaba sus garras como si quisiera intervenir, pero no se atrevía.

—Por favor. No le hagas daño —dijo Seis Garras, con el estómago revuelto—. Es un soldado leal para ti.

—¿Y tú qué eres? —exigió Brasas—. Dime, ¿a dónde vamos mañana?

Seis Garras vaciló. Sentía como si un posible fin para esta guerra se le escapara entre las garras.

—Haré lo que digas, su majestad. Lo haré. Pero si pudiera tener solo un día más para buscar a Llamas... —Brasas golpeó con sus garras el ala herida de Desierto. Desierto despertó de un grito, mientras las partes congeladas se desprendían por completo, dejando solo una ruinosa deformidad ennegrecida. Brasas cortó los tendones y membranas, destruyendo lo que quedaba del ala.

—*¡NO!* —se oyó gritar Seis Garras, sintiéndose derribado por los otros Alas Arenosas dentro de la tienda mientras se lanzaba hacia la reina.

—Obediencia incuestionable —le dijo Brasas—. Eso es todo lo que pido.

Apartó a Desierto con una patada y sacudió la sangre de sus garras.

—Así que, general. ¿A dónde vamos mañana?

Al menos tres dragones lo mantenían inmovilizado. Seis Garras respiró hondo, apartando la culpa, la furia y la incredulidad.

—Al Reino Lodoso —dijo al suelo.

—Mucho mejor —respondió Brasas, pisando sobre él, casi dándole un golpe con su cola mortal en la cara—. Tienes suerte de ser un general tan útil, o ya habría tomado esas fascinantes garras para mi torre y terminado con estas aburridas discusiones. Ah, y Seis Garras. —Se detuvo en la abertura de la tienda y lo miró por encima del hombro—. La próxima vez que sientas la tentación de cuestionar mis órdenes, recuerda que tu amigo allá tiene otra ala... y una cola... y tres patas funcionales, todas las cuales podrían sufrir aún más accidentes horribles. ¿Entendido?

—Sí, su majestad. —Seis Garras no pudo mirarla. Mantuvo los ojos cerrados y la cara en la arena hasta escuchar que se alejaba de la tienda, con sus pesados pasos alejándose.

—Lo sentimos, señor —dijo una de las enfermeras, levantándose de encima de él—. No queríamos que ella lo matara.

—Lo entiendo —dijo él mientras todos se apartaban nerviosamente. Se tambaleó para levantarse y acercarse a Desierto, que afortunadamente había vuelto a desmayarse. Su ala era un desastre, completamente irremediable, y su pata delantera era un muñón sangriento. Seis Garras se arrodilló a su lado y tocó suavemente la cabeza de Desierto.

—¿Hay algo que puedan hacer por él? —les preguntó a los otros dragones.

Lo intentaron. Podía ver lo mucho que se esforzaban. No se apartó del lado de Desierto mientras vendaban, limpiaban y hacían lo que podían. Sus otras responsabilidades se desvanecieron en un borrón en su mente.

«*La guarida del escorpión*».

«*Estás ayudando a una víbora*».

«*Piénsalo*».

—Ya es tarde, señor —dijo una doctora, tocando suavemente su ala con la suya—. Debería dormir.

—No voy a dormir —respondió—. Voy a sacar a Desierto de aquí. Lo alejaré de *ella* todo lo que pueda.

La doctora miró a su alrededor y Seis Garras se dio cuenta de que estaban solos, aparte de Desierto; los demás Alas Arenosas se habían ido sin que él se diera cuenta.

—¿A dónde van? —susurró. Ella había sido la que pensó en detener a Brasas; recordó el horror y la pena en sus ojos. La había visto antes, atendiendo a otros pacientes. Siempre era tranquila y eficiente. Le gustaba eso de ella, aunque realmente no la conociera.

—A la guarida del escorpión, creo —respondió en voz baja. Se frotó los ojos—. Tendré que cargarlo.

—Yo te ayudaré —dijo ella—. Si... si no te importa que venga contigo.

Él podría necesitar ayuda, Desierto era demasiado pesado para cargarlo mucho rato solo.

Pero negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso —dijo—. Serías una desertora, como nosotros. Brasas te mataría si te atrapara.

—Aparentemente podría matarme incluso si me quedo justo aquí —dijo la doctora con sarcasmo—. Prefiero ir contigo. Confío en ti.

—No me conoces en absoluto —respondió él.

—Claro que sí —contestó ella—. Eres el general Seis Garras.

—Solo será Seis Garras a partir de ahora —dijo él—. No sé tu nombre.

—Kindle —respondió ella—. Vamos ahora, antes de que alguien regrese.

Envolvieron a Desierto en mantas y lo levantaron entre ambos con el máximo cuidado posible. Afuera, la temperatura había bajado a casi bajo cero, y la mayoría de los dragones estaban acurrucados en sus tiendas. Nadie cuestionó a Seis Garras y Kindle mientras llevaban su carga a las afueras del campamento.

—General, señor —dijo la dragona de guardia, cerrando sus alas a medida que se acercaban.

—Llevamos a este dragón de regreso al cuartel para recibir tratamiento médico más avanzado —dijo Seis Garras.

—¿Quiere que lo lleve yo? —ofreció la soldado—. Debería descansar, ¿no, señor?

—Estaré bien —respondió Seis Garras—. Pero gracias.

—Sí, señor —respondió ella—. Espero que esté bien.

Kindle tomó un lado de las mantas y Seis Garras el otro, y con Desierto suspendido entre ellos, se elevaron en el cielo nocturno.

«*Lo siento por dejarte*», pensó Seis Garras al soldado de guardia... a todos los soldados que tenía que dejar atrás. Se sentía como la serpiente más baja en el foso de arena, abandonando su puesto y a todos los dragones que habían contado con él.

Pero el dragón en las sombras tenía razón. Seis Garras estaba ayudando a un monstruo a llegar al poder, y ya no podía hacerlo. Especialmente si significaba que Desierto tendría que vivir en peligro constante.

Intentaría encontrar una manera de salvar a los demás. Tal vez podría sacar a más de ellos, cualquiera que deseara liberarse de Brasas o las otras dos hermanas. Tal vez juntos podrían hacer de la Madriguera del Escorpión un lugar seguro para los dragones que no quisieran ser parte de esta guerra.

Desierto se movió en las mantas y Seis Garras tuvo que ajustar sus batidas de alas a medida que su peso se desplazaba. Miró hacia abajo y vio a Desierto mirándolo ojos oscuros y llenos de temor.

No miraba a Seis Garras, sino a sus alas, batiendo firmemente en el aire. La forma en que las alas de Desierto ya no lo harían.

—Lo lamento, Desierto —dijo Seis Garras.

Desierto no respondió durante un largo rato. Finalmente preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A la Madriguera del Escorpión —respondió Seis Garras—. Te llevaré a un lugar donde espero que Brasas nunca nos encuentre.

—Brasas —Desierto soltó una risa amarga—. Siempre dijiste que la lealtad era tan importante. Supongo que hemos aprendido algo sobre la lealtad, ¿verdad?

Seis Garras batió sus alas en silencio por un momento.

—Sí —contestó finalmente.

—Que es estúpida —dijo Desierto—, y fuimos estúpidos por ser leales en primer lugar, y ahora estamos pagando por ello. Yo estoy pagando por ello. No hay sentido en nada de esto.

—No, no es eso —dijo Seis Garras—. Fuimos leales al dragón equivocado, eso es todo. Ahora lo veo.

—Oh, qué bien —dijo Desierto sarcásticamente, metiendo la nariz en las mantas—. Justo a tiempo.

—Seremos más cautelosos en el futuro —dijo Seis Garras. El sol comenzaba a salir a su izquierda, proyectando destellos cegadores en los rincones de sus ojos—. Encontraremos a un dragón a quien realmente podamos confiar y respetar, y entonces tendremos una razón para ser leales. Creo que ese dragón existe. Ya lo verás.

—Maravilloso —murmuró Desierto—. No puedo esperar.

Seis Garras miró a Kindle. Ella estaba conteniendo las lágrimas, rodeada por el halo del sol naciente.

—Espero que tengas razón —dijo ella.

—Yo también —respondió él, y volaron juntos, hacia el sur, hacia la Madriguera del Escorpión, hacia un futuro incierto, hacia ese pequeño hilo de esperanza.

CRÉDITOS

TÍTULO ORIGINAL:
DESERTER

AUTORA:
TUI T. SUTHERLAND

ARTE DE PORTADA:
JOY ANG

TRADUCCIÓN:
MONKI_DONKI

FECHA DE PUBLICACIÓN ORIGINAL:
29 DE MARZO DEL 2016

FECHA DE PUBLICACIÓN DE LA FAN-TRADUCCIÓN:
5 DE MAYO DEL 2025

TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS

Para aquellos que quieran saber los nombres originales de los dragones cuyo nombre no tiene traducción oficial.

Personajes con apariciones físicas.

Arena Movediza	Quicksand
Avestruz	Ostrich
Carbón	Char
Chamusco	Singe
Escaldado	Scald
Kindle	Kindle
Seis Garras	Six-Claws

Personajes mencionados.

Acícula	Needle
Agave	Agave
Camello	Camel
Palmera	Palm
Seco	Parch